

de su hermano con solo cumplir la voluntad de Dios. ¡Dénos él para ello su gracia! Porque esta es la verdadera santidad y perfección: hacer la voluntad divina.

### 93. LAS PARÁBOLAS

(L. 8,10; Mt. 13, 10-18)

Desde este día va a comenzar el Salvador un sistema y modo de enseñanza distinto del que hasta aquí ha tenido. Ya no es la predicación directa de la doctrina, como en el sermón del monte por ejemplo. Todo lo que explica lo expone por medio de parábolas, a través de las cuales se advierte en la predicación del Señor un tinte especial lleno por una parte de popularidad y sencillez, de amenidad y distracción, y por otra de cierta reserva y melancolía con sombras de recelo y desengaño.

¿Qué es una parábola? Es una comparación, una semejanza, una imagen sensible tomada del mundo natural y visible, para explicar alguna doctrina sobrenatural o espiritual, o hacerla más clara a los hombres sencillos.

Los pueblos orientales, llenos de imaginación luminosa y viva, gustaban sobre todo de este género de explicar, porque se presta a dar vida y expresión sensible y graciosa a la doctrina moral de suyo muerta y escondida. Unas veces la parábola era un breve rasgo: por ejemplo este del libro de los proverbios: «Un diente careado y un pie pisado, eso es la confianza que inspira un amigo infiel en el día de la desgracia». Otras era una historia más extensa, como en el Evangelio las más de las veces, por ejemplo la parábola del Hijo pródigo, la del Samaritano, la de las vírgenes prudentes y fatuas.

Sirve a la memoria, ata la imaginación, excita la curiosidad del entendimiento, hace asequible, sensibilizándola, la verdad moral y extrasensible, y en fin, se presta a una expresión galana y colorida de verdades áridas y oscuras.

En el Antiguo Testamento se hace mucho uso de las parábolas, tanto de las largas como de las cortas. En el Nuevo Testamento, Nuestro Señor, como vamos a ver, envolvió en este género de decir su doctrina, sobre todo desde este período de su vida que estamos narrando. Los apóstoles, que después escribieron, puede decirse que no

añadieron ninguna otra parábola; tal vez por respeto a las del Señor, se contentaron con las que les había enseñado su Maestro.

El Maestro, en cambio, predicó muchas, pues si se enumeran todas, entre cortas y largas fácilmente pasan de ciento las que en los Evangelios se encuentran; y si solo quieren contarse las más formadas, dejando a un lado algunas que más que parábolas son proverbios, o alegorías o indicaciones de parábolas, se pueden sacar hasta veintiocho o veintinueve parábolas perfectas.

Además no puede dudarse que, así como Jesucristo hizo muchas cosas que no nos cuentan los Evangelistas, así también dijo muchas parábolas que no están en los Evangelios.

Bien pueden todas ellas reducirse a tres grupos.

En las del primero se expone el Reino de los cielos, es decir, lo que debe ser, iba a ser y es ya la Iglesia que estaba fundando. En otras explica las condiciones y virtudes que deben tener los que quieran formar parte de este Reino de los cielos, es decir, lo que debemos hacer los fieles cristianos. El tercer grupo de parábolas comprende aquellas que se refieren al fin de la vida de Nuestro Señor, a la suerte que espera a Israel por no haber querido reconocer al Mesías, y al modo que él ha de guardar con su Iglesia.

El asunto en la mayor parte lo toma el Salvador o de la vida del campo y del mar, o de la vida doméstica, de la vida social, de los sucesos y espectáculos más ordinarios, populares y asequibles.

Todas las parábolas están en los Evangelios de San Mateo, San Marcos y San Lucas, llamados los sinópticos. San Juan apenas se puede decir que tiene ninguna parábola. Y se nota que San Mateo, como escribía principalmente para los judíos, escoge de las parábolas de Jesucristo aquellas principalmente que sirven para demostrar cómo el cristianismo debe sustituir al judaísmo, y cómo los judíos por no recibir al Mesías debían ser reprobados. En cambio San Lucas, como se dirigía más a los gentiles, prescinde de este carácter de San Mateo, y escoge en cambio otras parábolas en que Jesucristo muestra su misericordia para con los pecadores.

Ahora bien, antes de exponer las varias parábolas que

en este tiempo propuso el Señor, es conveniente entender por qué el Maestro hablaba en parábolas al pueblo. Porque no escogió este modo de hablar sin razón el que todo lo hacía con providencia y medida. San Marcos y San Mateo dicen expresamente que «todo lo decía al pueblo en parábolas, y que sin parábolas no les hablaba». Y que esto lo hacía con especial intento se ve por lo que los mismos evangelistas añaden, que después el Maestro explicaba el sentido de las parábolas a sus discípulos, pero aparte, cuando las turbas se habían ido y quedaba solo el Maestro con su escuela. Por donde se ve cierto intento de no explicar todo al pueblo, sino a sus escogidos.

Y llamó tanto la atención en Jesucristo este nuevo método de enseñar, que ellos mismos un día, acabando de oír una parábola que no entendían bien, y pidiéndole que les dijese lo que en ella se significaba, le preguntaron: «¿Por qué les hablas en parábolas?»

La respuesta que dió el Maestro a esta pregunta fué:

«—A vosotros se os ha concedido la gracia de conocer los misterios del reino de Dios. Mas a los que están ahí fuera no se les ha dado esta gracia; todo se les presenta en parábolas. Porque al que tiene se le dará para que abunde, y al que no tiene aun lo que posee se le quitará. Les hablo en parábolas, de suerte que viendo vean y no vean, y oyendo oigan y no entiendan, para que no se conviertan ni se les perdonen los pecados. Y en ellos se cumple la profecía de Isaías, que dice:—Oiréis con vuestros oídos y no entenderéis, y mirando veréis y no veréis. Porque se ha endurecido el corazón de este pueblo y oyen mal sus oídos, y han cerrado sus ojos, para que no vean nunca sus ojos, ni oigan sus oídos, ni comprendan con su corazón, ni se conviertan y yo los remedie.—En cambio ¡dichosos vuestros ojos que ven y vuestros oídos que oyen! Porque en verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros estáis viendo y no lo vieron, y oír lo que vosotros estáis oyendo y no lo oyeron».

Al mismo tiempo, sin embargo, dice San Mateo que hablaba en parábolas, para que se cumpliese lo que dijo el profeta: «Abriré mi boca para hablar con parábolas; publicaré cosas escondidas desde la creación del mundo».

A primera vista parece que hay contradicción en estas respuestas del Señor. Por una parte parece que el hablar en parábolas es para mejor instruir al pueblo y demostrar los secretos de la sabiduría escondida, y por otra parece que es para ocultar al pueblo verdades que solo a sus discípulos quiere explicar, y que de hecho explica en el retiro de la confianza.

En efecto, el Señor quería enseñar a los pueblos doctrina escogida y celestial, y quería enseñársela de un modo acomodado a sus entendimientos sencillos. Ahora bien, para ello la mejor forma y manera era la parábola, tan familiar, sobre todo a los pueblos orientales, y tan usada por todos los sabios más famosos, y principalmente por el sabio Salomón.

Pero al propio tiempo de tal modo quería el Salvador enseñar al pueblo su doctrina, que también el pueblo pusiese algo de su parte, y diese muestra de su agradecimiento y buena voluntad para recibir la buena nueva de la paz y de la salvación. Infiel, soberbio, endurecido el pueblo de Israel estaba portándose con el Mesías muy mal; sobre todo los príncipes, los notables, los sacerdotes y los escribas. A pesar de los milagros que hacía y de la doctrina celestial que predicaba, y de las muestras palpables que daba de ser el Mesías, no eran ni él ni su doctrina recibidos como debían serlo; sino que al contrario los unos mostraban recelos, los otros abierta hostilidad, los que más un entusiasmo, más que espiritual, egoísta, por los beneficios materiales de las curaciones más que por el inmenso beneficio de la salvación que el Señor ofrecía a los que le creyesen. Era indigno, pues, aquel pueblo de que se le concediesen gracias extraordinarias, como lo hubiera hecho Jesucristo, si se hubiesen portado con él como debían. Era indigno de que se le declarasen de primera los misterios del reino de Dios con toda luz. Mas como por otra parte no quería el Salvador quitarles la luz suficiente, sobre todo al pueblo, para que si tenían buena voluntad de encontrarle le buscasen y le hallasen, por eso usó de parábolas.

Por medio de ellas les daba la luz suficiente para que si tenían deseo sincero de la verdad y de la justicia, buscasen más y reflexionasen y averiguasen todo.

Por medio de ellas al mismo tiempo velaba lo suficiente su doctrina, para que quien no tuviese recto corazón y sincero deseo del bien quedase a oscuras y no recibiese el don de Dios.

Y así se cumplía la profecía de Isaías, y sucedía con Jesucristo lo mismo que sucedió con el profeta, cuando fué enviado por Jehová a dar luz al pueblo, pero de tal modo, que viendo no viese, y oyendo no oyese. No porque Jehová le pusiese tinieblas en los ojos o estorbo en los oídos; al contrario, les ponía luz y voz, por medio de la predicación de Isaías; sino porque ellos no querían atender a esta luz y voz ni buscar con ellas la verdad y bondad. También Jesucristo proponía sus parábolas, y en ellas verdad y luz bastante para que quien quería ver más preguntase, inquiriese, reflexionase y se acercase al Maestro, como lo hicieron los que de veras le siguieron, y el que descuidaba y menospreciaba la oferta del Mesías, se quedase sin ver toda su doctrina. Viendo lo bastante para ser reprendido y condenado, porque no procuró averiguar y ver más, y no viendo lo bastante para salvarse, porque no quiso; oyendo lo bastante para que no pudiese alegar ignorancia, y no oyendo lo bastante para conocer el reino mismo de Dios, porque lo despreció y no estimó al Mesías, y se desdendió de ser su discípulo.

A sus apóstoles quiso hacerles, con generosidad no debida, la gracia de explicarles del todo el contenido y significación de las parábolas. Ni fueron solos los apóstoles los que obtuvieron tal gracia, sino otros muchos discípulos de Cristo que la pidieron y buscaron de veras.

De paso el Maestro con las parábolas hacía más fácil y llana la verdad de su doctrina a los gentiles que le escuchaban, fijaba para en adelante muchísimos puntos de moral y de fe para la predicación del Evangelio, dejaba profecías de lo que había de ser la Iglesia, revelaba su magnífica inteligencia, su encantadora elocuencia, su llaneza y afabilidad, y enseñaba también a los predicadores a ser en sus enseñanzas al mismo tiempo que profundos y espirituales, llanos, sencillos, populares, amenos y prácticos.

#### 94. LA PRIMERA PARÁBOLA. EL SEMBRADOR.

(L. 8, 4-15; Mc. 4, 1-20; Mt. 13, 1-23)

La primera parábola que el Salvador propuso cuando, como dijimos, emprendió este método de predicación parece que fué la del Sembrador.

El mismo día en que sus parientes y su Madre con ellos vinieron a verle, salió de la casa, es decir, de aquella casa donde solía estar en Cafarnaúm, que casi de seguro era la de Pedro y se dirigió a la orilla del mar. Sentóse en la ribera y sin permitirse dencanso, otra vez de nuevo comenzó a enseñar. Ávida de escucharle y de verle acudió a su vez una muchedumbre muy numerosa, y corrieron en cuanto supieron que allí estaba muchos que salieron de sus pueblos, de modo que pronto se agruparon a su alrededor turbas tan numerosas, que se vió obligado, como otras veces le había sucedido, a subir a una lancha. Sentóse en ella, y todo el pueblo se agolpó a la orilla.

Precioso espectáculo. Debía ser la tarde. En los acantilados de la costa, que formaban un anfiteatro enfrente del mar se acomodaron de pie o sentados miles y miles de Galileos, fijos los ojos en aquel Maestro que allá abajo en una lancha suavemente mecida por el casi imperceptible movimiento del lago, levantaba hacia ellos aquella suavísima mirada, bañada a un mismo tiempo, en amor, en misericordia y en compasión, tanto más acendrada cuanto que él conocía lo que cada uno entonces pensaba y lo que cada uno en adelante había de pensar y hacer. Y recordando lo que ya para entonces había predicado y enseñado, y dándose cuenta del diverso modo como su palabra había sido recibida por aquellos que allí estaban y por los demás que le habían escuchado en todas partes, determinó advertirles paternalmente el cuidado con que debían recibir su predicación y el empeño con que debían guardarla y cumplirla.

Esperaba la gente que les quisiese hablar, y extendiendo él graciosamente su mano, les dijo:

—*Audite!* oid!...

Un silencio admirable más suave por estar a la orilla del

mar, apenas arrullada por el imperceptible rumor del lago extendió sus alas por todo el auditorio; y dijo el Maestro:

«Mirad. Un día salió un sembrador a sembrar su semilla. Y al sembrar, una parte cayó hacia el camino y fué pisada, y vinieron las aves del cielo y la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso que no tenía mucha tierra, y nació al momento, por ser poco honda la tierra; mas al salir el sol se quemó, y como no tenía raíz ni humedad se secó. Otra parte cayó entre espinas, y crecieron las espinas y ahogaron la semilla y no dió fruto. Y otra cayó en buena tierra, y nació y dió fruto, levantándose y creciendo parte hasta el ciento por uno, parte hasta el sesenta y parte hasta el treinta.

«Y al decir esto clamaba: el que tenga oídos para oír que oiga».

Como quien dice: Fíjese cada cual en lo que le toca, y entienda las alusiones que sean para él.

Y con esto calló, dejando a su auditorio pensativo.

«Luego, cuando estuvieron solos con él acercándose los doce que con él andaban, le dijeron:

»—¿Por qué les hablas en parábolas?

»Y le preguntaron qué significaba aquella parábola.

»Y respondiendo Jesús, les dijo:

»—A vosotros se os ha concedido el conocer los misterios de Dios; mas a los que están ahí fuera no se les ha concedido eso, todo se les da en parábolas. Porque al que tiene se le dará y abundará y al que no tiene aun lo que tiene se le quitará. Les hablo en parábolas de suerte que viendo vean y no vean, y oyendo oigan y no entiendan, para que no se conviertan ni se les perdonen los pecados. Y en ellos se cumple la profecía de Isaías que dice:—Oiréis con vuestros oídos y no entenderéis, y mirando veréis y no veréis. Porque se ha endurecido el corazón de este pueblo y oyen mal sus oídos y han cerrado sus ojos, para que no vean sus ojos nunca, ni oigan sus oídos, ni comprendan con su corazón, ni se conviertan y yo los remedie.—En cambio ¡dichosos vuestros ojos que ven y vuestros oídos que oyen! Porque en verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver los que estáis vosotros viendo y no lo vieron, y oír lo que vosotros estáis oyendo y no lo oyeron».

Todo lo cual ya en el anterior párrafo queda explicado.

«Y les dijo:—¿Conque no entendéis esta parábola? Pues ¿cómo vais a entender todas las demás? Oid, pues, la parábola del sembrador.

»La semilla significa la palabra de Dios. El que siembra la palabra es el sembrador.

»Los que están junto al camino en que se siembra son los que oyen la palabra del Reino (quiere decir del Reino de Dios, de la Iglesia, del cielo, del evangelio) y en cuanto la han oído viene al punto el malo, Satanás, y quita la palabra sembrada en sus corazones para que no se salven creyendo.

»Los que reciben la semilla en terreno pedregoso son aquellos que cuando oyen la palabra la reciben al punto con gusto; pero no echan raíz en sí, sino que son pasajeros, creen por algún tiempo, pero en el día de la tribulación, en cuanto sale una persecución por la predicación, se escandalizan al punto y la abandonan.

»Lo que cae entre espinas es lo de aquellos que oyen la palabra de Dios; pero el afán y ansiedades por el mundo, la falacia de las riquezas, y los apetitos de las otras cosas penetrándolos, ahogan la predicación y la dejan sin fruto.

«Los que reciben la semilla en buena tierra son los que oyendo con bueno y sincero corazón la palabra la retienen y con paciencia dan fruto unos de ciento, otros de sesenta, otros de treinta».

He aquí una preciosa meditación para todos los cristianos propuesta por el mismo Hijo de Dios. ¡Cuántos se verán retratados en esta parábola! Y ¡ojalá se vean entre los que dan algún fruto! siquiera el de treinta y aun el de diez!...

Y una vez puesto a hablar a sus discípulos con tanta caridad quisoles dar a entender que si a ellos les explicaba aquellas verdades, no era para ellos solos, sino para que á su vez ellos se las explicasen a su tiempo a otros.

#### 95. LA LÁMPARA ENCENDIDA

(L. 8, 16-18; Mc. 4, 21-24)

Y les decía explicándose por medio de una parábola.

«Nadie enciende la luz para ponerla bajo el celemín o bajo la cama, sino para colocarla sobre el candelero a fin de que los que entran vean claro. Porque nada hay oculto que no haya de manifestarse, nada escondido que no haya de conocerse y salir al público».

Como quien dice, yo enciendo ante vosotros y en vosotros la luz, para que luego alumbréis a los demás. Porque no quiero que nada de esta doctrina quede ni oculto ni reservado. Sino que una vez que estéis iluminados os he de poner sobre el candelero, para que alumbréis a otros.

Así que «les decía: el que tenga oídos para oír que oiga. Y fijaos cómo atendéis. Porque según la medida que pongáis, se os medirá y se os dará. Porque al que tiene se le dará, y al que no tiene aun lo que piensa que tiene se le quitará».

Quería decir: Atended y fijaos en si ponéis o no mucha atención. Porque según la medida de atención que pongáis según esa se os dará la inteligencia de la doctrina celestial. Si tenéis atención con la gracia divina, se os dará más conocimiento. Y si no la tenéis aun la gracia que se os ha dado y que pensáis tener asegurada se os quitará.

#### 96. CÓMO CRECE LA SEMILLA

(Mc. 4, 26-29)

No era la del sembrador que hemos expuesto, la única parábola que expuso aquella tarde a la ribera del mar. En ella y acaso en otras tardes y sitios en sus expediciones fué predicando otras varias semejanzas que explicaban el modo de ser del Reino de Dios, con bastante claridad para que quien fuese atento diese en el camino de la verdad y luego con su empeño ayudado de la gracia, que no le faltaría o preguntando al Maestro o a sus discípulos la encontrase del todo, y también con bastante reserva para que quien fuese perezoso se quedase aunque por culpa suya, por su descuido e indiferencia, a oscuras.

*Reino de Dios* era sin duda la Iglesia que Jesús estaba ya fundando, y de este Reino y de su doctrina y de su gente y de su gobierno trataban casi todas las parábolas, refiriéndose ora a su manera de ser futura, ora a su modo

de formarse presente, ya a su preludeo en la preparación é historia del pueblo de Dios, ya a su consumación en la gloria y vida celeste.

Así lo iremos viendo en las diversas parábolas que Jesucristo irá según los casos proponiendo.

Entonces aún estaba la muchedumbre del pueblo escalonada por la ribera del mar y el Maestro prosiguió su plática en parábolas. Y siguiendo la misma comparación con la siembra, les dijo:

«En el reino de Dios pasa lo mismo que cuando un hombre esparce la simiente por la tierra, y duerme y se levanta de día y de noche, y la semilla va brotando y creciendo sin que él lo advierta. Porque la tierra de suyo produce primero yerba, luego espiga, luego grano lleno en la espiga.

«Y cuando ha madurado ya el grano, mete al punto la hoz, porque es tiempo de la siega».

No debemos desesperarnos si no brota el fruto en cuanto la palabra divina se siembra. Y mucho menos si no se nota la conversión de las gentes en cuanto Jesucristo predica el Evangelio, Él siembra la palabra divina y la doctrina celeste. Y parece que no da fruto, y que la reciben muchos, mas apenas se deciden pocos a seguir a Cristo. Pero dormid, y pasead, y trabajad, y descansad de noche y levantaos de día, que, aunque vosotros no advirtáis, la semilla de palabra que echa Jesucristo en su tierra, germina y espiga y grana; y cuando Jesús salga de la tierra y venga el Espíritu Santo será la siega, abundante, fructuosa, rica. Y entonces, como dijo el Maestro cuando convirtió a la Samaritana, enviará el Señor a sus discípulos a segar lo que no ellos sino el Mesías sembró.

#### 97. PARÁBOLA DEL GRANO DE MOSTAZA

(Mt. 13, 31, 32; Mc. 4, 30-32; L. 13, 18, 19)

Y cómo crece la semilla! Decía Jesús:

«¿A qué cosa diremos que se parece el reino de los cielos? Con qué parábola lo explicaremos?»

«Es semejante al grano de mostaza que toma un hombre y lo siembra en su huerto. Cuando lo siembran en tie-

rra es la más pequeña de todas las simientes que hay en ella; mas cuando crece es mayor que todas las yerbas y da ramos grandes, bastante para que vengan las aves del cielo y habiten en su ramaje».

Era proverbial en el pueblo la pequeñez de la mostaza y de la ruta. Y si bien hay semillas más pequeñas, el Maestro se vale de la manera ordinaria de hablar, aunque no tenga la exactitud filosófica que nunca se exige en los proverbios. Y siendo tan pequeña la semilla crece sin embargo de tal modo en los países cálidos que sobrepuja a todas las yerbas y verduras y pasa ya a la categoría de árbol, creciendo, como advierte Maldonado, más que la estatura de un hombre, formando cuando hay mucha un jaro ó selva, y atrayendo a sí en gran número las aves del cielo que gustan mucho de comer su simiente.

También la Iglesia y el Reino del evangelio, hoy pequeño como la mostaza, crecerá, dice Jesucristo, como ella y formará selva inmensa en que se aniden todas las aves del cielo.

#### 98. PARÁBOLA DE LA LEVADURA

(Mt. 13-33; L. 13, 20.21)

Y aunque parece que el Reino de Dios no tiene fuerza tiene mucha.

«¿A qué lo compararé? lo compararé a la levadura que toma una mujer y la mete en tres medidas de harina, haciendo fermentar toda la masa».

Tres medidas de trigo, o tres *satas*, como decía Jesucristo, eran la tarea que los judíos acostumbraban hacer de una vez. Cada medida o *sata*, tenía capacidad, según expresión de los rabinos, como de 144 huevos, viniendo a ser por tanto un celemín y medio. Pues bien, la fuerza de la levadura es tal, que un poco de ella recalienta toda esta masa, la hace fermentar, muda la sustancia de la harina en otra ligada, porosa, consistente, digerible, la convierte en pan.

He aquí lo que está haciendo el Señor al predicar. Mete en la masa del pueblo la divina levadura de su palabra. Ahora parece que esta levadura no hace nada. Pero espe-

rad. Porque ella encierra fuerza admirable que hará fermentar a todos los pueblos, y los mudará en otros, y de ellos formará pan agradable de vida para la humanidad.

#### 99. PARÁBOLA DE LA CIZAÑA

(Mc. 4, 33.34; Mt. 13, 24-30, 34-43)

Ni tampoco débese nadie afligir porque el enemigo se meta en la obra de Dios y la combata y enrede. Porque les decía:

«Al reino de los cielos le pasa lo que al hombre que sembró buena semilla en su campo.

»Que cuando dormían los trabajadores vino su enemigo y entre el trigo sobresembró cizaña y se fué».

Es la cizaña de que aquí, habla Jesucristo, una planta gramínea muy parecida al trigo y muy extendida en todo el Oriente, y especialmente en Palestina. Su grano es venenoso y causa vómitos, convulsiones, temblores y una especie de embriaguez, que le han valido el nombre semítico de *dsidsania*, que indica algo de embriaguez, y el latino de *ebriaca*, que significa lo mismo, y el científico de *lolium temulentum* que le dió Lineo expresando las mismas cualidades. Al principio cuando está en yerba es muy difícil diferenciarla del trigo: luego es más fácil separarlo de él.

Era en Oriente modo muy usado de venganza entre la gente del campo ir de noche a la heredad del enemigo y sembrarle en sus sembrados alguna planta distinta que destruyese o ahogase la buena sembradura recientemente hecha.

«Cuando creció, pues, la yerba y salieron las espigas apareció también la cizaña.

»Acercáronse entonces los criados del padre de familias y le dijeron:—Señor, no sembraste buena semilla en tu campo? pues de dónde le viene la cizaña?

»Y les dijo el Señor:—Eso lo ha hecho algún enemigo mío.

»Y le dijeron los criados:—¿Quieres que vayamos y cojamos la cizaña?

»Y les respondió:—No, porque a lo mejor al recoger la cizaña arrancáis con ella el trigo. Dejad que crezcan los dos hasta el tiempo de la mies, y entonces diré a los sega-

dores: Recoged primero la cizaña y haced con ella gavillas para el fuego; y el trigo recogedlo en mis graneros.

»Preguntáronle los discípulos cuando estuvieron solos en casa el sentido de esta parábola.—Explicanos la parábola de la cizaña.

»Y les dijo el Señor:—El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre. El campo es el mundo. La buena semilla son los hijos del reino. La cizaña son los malos hijos. El enemigo que la siembra es el diablo. La siega es el fin del mundo. Los segadores son los ángeles. Así, pues, del mismo modo que se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así se hará en el día del fin del mundo. El Hijo del hombre enviará sus ángeles y éstos recogerán de su reino todos los escandalosos, y todos los que obran iniquidades, y los meterán en el horno del fuego. Allí tendrán que llorar y crujir de dientes.

»En cambio los justos brillarán como soles en el reino de su Padre».

Siempre ha de haber cizaña en la Iglesia de Dios hasta el fin del mundo. El Señor en su providencia ha permitido en el mundo al enemigo, al demonio un poder suficiente para que, sin cesar, en el mismo sembrado de la Iglesia en que siembra Jesucristo siembre junto al trigo la cizaña, que lo ahoga y oprime. Si Dios no destruye desde luego la cizaña es por amor al trigo; si no envía sobre los malos otros castigos que estos que pueden servir de prueba a los buenos, es porque no sean con ellos castigados los buenos. Al contrario, lo mismo sobre los malos que sobre los buenos llueve y envía el sol y el rocío como dijo el mismo Señor, y con tanto más cuidado cuanto que ahora la cizaña puede, si quiere, con la gracia de Dios, convertirse en trigo. Pero día vendrá y será el fin del mundo en que la cizaña será destruída, agavillada y arrojada al fuego eterno, mientras el trigo sea recogido en los graneros celestiales.

Que tenga, pues, la cizaña agradecimiento al trigo, pues por él no es castigada, y temor al Señor, pues si no se muda antes de la siega, será abrasada.

Y que tenga paciencia el trigo si no puede nunca verse libre de escándalos y de la sociedad injusta y opresora de la cizaña; que ya le vendrá el día de la libertad y del premio.

Jesús concluyó con su estribillo acostumbrado siempre que decía alguna cosa muy importante aunque algo velada.

«Quien tenga oídos para oír que oiga». Es decir, atención! y que no os olvidéis de lo que acabo de decir, ni lo recibáis con negligencia y descuido, porque puede ser que algún día os haga falta.

#### 100. EL TESORO ESCONDIDO, LA MARGARITA PRECIOSA, LA RED

(Mt. 13, 44-52)

Puede ser que os haga falta y que tengáis que llorar el no haber atendido, porque ¡ay de la cizaña! porque será agavillada y echada a la hoguera inextinguible. Y afortunado del trigo porque será llevado al cielo a gozar de la presencia de Dios y brillar por eternidad de eternidades! Pérdida inmensa si no os fijáis en mi doctrina, y enseñados por ella no dais en el tesoro de la verdadera luz, del Reino de Dios. Porque les añadió esta parábola.

«El Reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en un campo. El que lo encuentra lo oculta, y lleno de alegría por su hallazgo, va, vende cuanto tiene, y compra el campo».

«Asimismo el Reino de los cielos es semejante a lo del mercader que busca margaritas finas. Cuando halla una margarita preciosa va, vende cuanto tiene y la compra».

La margarita o perla preciosa que se forma en el seno de algunas conchas era muy estimada en la antigüedad. Plinio decía que era la más preciosa de las cosas preciosas. En una de las lujosas fiestas que Marco Antonio dió a Cleopatra se quitó ésta de su oreja una perla que disolvió en vinagre y la bebió, y dicen que valía cientos de miles de pesetas. Horacio habla de uno que arrancó una insigne perla de la oreja de Metela, por el gusto de sorberse disuelto en vinagre un capital de un millón de sestercios, más de 25.000 pesetas. Y la mujer de Calígula llevaba solo en perlas en su adorno unos cuarenta millones de sestercios, más de diez millones de pesetas. Pescábanlas lejos, en el mar Rojo, en el golfo Pérsico, en el Índico mar, y con dificultad y trabajo. Y era, según lo que decía Jesucristo, una de ellas,

sobre todo de las que los Romanos por ser grandes llamaban *uniones*, tan preciosa que por ella un mercader discreto podía arriesgar todo su capital, seguro de que después al traerla al occidente y venderla recobraría todo lo dado con gran premio.

Estimable como esta perla era el Reino de los cielos; la entrada en la Iglesia, la entrada en el reino de los cielos, eran tan preciosas que por ella se debían perder todos los bienes terrenos.

Y volviendo a la suerte final de la cizaña maldita, para confirmar más esta verdad y templar el demasiado escándalo que algunos podrían tener al ver que en la Iglesia entraban no solo buenos, sino también malos, les dijo:

«El Reino de los cielos es como una red que se echa al mar y recoge toda clase de peces y cuando está llena la sacan, y luego sentados los pescadores a la orilla eligen los buenos para sus cestos y arrojan fuera los malos. Lo mismo sucederá en el fin del mundo. Saldrán los angeles y separarán los malos de entre los justos, y los meterán en el horno del fuego. Y allí tendrán que llorar y gemir».

Ved cómo el Señor saca siempre que hay ocasión la idea del castigo eterno.

Y vuelto entonces a sus discípulos, les dijo:—¿Habéis entendido esto?

«Y le dijeron:—Sí, Señor.

»Y les dijo:—Ya veis todo escriba o doctor bien instruído acerca del Reino de los cielos debe parecerse a un padre de familia que saca de sus cofres cosas nuevas y antiguas».

Como ellos iban a ser estos escribas y doctores instruídos acerca de la Iglesia y destinados a llevar al mundo el Evangelio, les advierte del modo que debían tener en predicar, y cómo unas veces debían decir las doctrinas morales antiguas y las verdades ya de antes conocidas, y otras las verdades nuevas que él les estaba revelando.

#### 101. LA DESPEDIDA

(L. 8, 22; Mc. 4, 35-36; Mt. 8, 18-23)

Estas parábolas habían sido el objeto de la predicación del Mesías durante varias tardes, a la ribera del lago de

Tiberíades, entre el silencio de la playa y el vaivén dulce del mar.

Y otras veces de allí volvía a su casa o a la casa de Pedro en Cafarnaúm, donde explicaba a sus discípulos lo que en las parábolas no habían del todo comprendido.

Mas esta vez no quiso volver a casa.

Era el ocaso de la tarde. Jesús estaba en la lancha, desde la cual aquel día y quizás todos los anteriores había predicado. Y concluída su explicación, paseó una mirada por la muchedumbre inmensa que enfrente escalonada en la ribera le había escuchado, y ahora esperaba que saliese de la lancha y se dirigiese a Cafarnaúm para acompañarle hasta su casa y verle de cerca y tal vez lograr alguna palabra suya personalmente dirigida, con aquel cariño que a todos, aun a los traviesos chicuelos, que a los demás tanto molestaban, manifestaba siempre.

Mas esta vez se engañaron. Jesús no salía de la lancha. Habló a sus discípulos que estaban con él en la nave y les dijo:—Vamos a la ribera de enfrente.

Ellos al punto así como estaba Jesús empuñaron los remos, y serpenteando entre otras naves que estaban a su alrededor, surcaron el manso entonces y pacífico lago de Tiberíades, alejándose de aquella multitud inmensa que los veía partir y los estuvo mirando, hasta que perdiéndolos de vista, se fueron a sus casas.

#### 102. LA TEMPESTAD

(L. 8, 23-25; Mc. 4, 37-40; Mt. 8, 24-27)

Es el de Tiberíades mar inconstante y temeroso, que en medio de la más serena tranquilidad estalla a veces en repentinas y horrendas revueltas que ponen en sumo peligro a los marineros. Desde las cumbres frías del Hermon se desata sobre el lago el huracán, y remueve sus olas en espantosos torbellinos que ponen en peligro cuanto hace poco se deslizaba con placidez y molicie sobre su cristal tranquilo.

Remaban, pues, con toda prosperidad, y Jesús en la popa, apoyada la cabeza en un cabezal o almohada que le pusieron los discípulos durmióse profundamente.



En esto de repente despierta el huracán, échase sobre el lago la galerna, alborótase revuelto el mar, las olas cubren la lancha, todos tiemblan en sumo peligro.

«Mas Jesús seguía en la popa durmiendo sobre su cabezal. Y se acercaron a él sus discípulos y le despertaron y dijeron:—Pero Maestro, ¿a tí no te importa que nos hundamos? Señor! sálvanos! que perecemos!

Despertó Jesús tranquilamente del sueño en medio de sus alborotados discípulos y les dijo:—Hombres de poca fé! qué teméis?

»Entonces poniéndose de pie increpó al viento y a la tempestad y dijo al mar: Calla! refrénate!

»Y cesó el viento y se extendió una gran serenidad.

»Y les dijo Jesús: ¿Dónde está vuestra fé? todavía no la tenéis?...

»Y todos los que allí estaban quedaron admirados y llenos de profundo respeto diciéndose unos a otros:—¿Quién pensáis que es este que manda a los vientos y al mar y le obedecen?...

»Y navegando llegaron a la región de los Gerasenos que está en la costa opuesta a Galilea.

Había navegado la distancia de dieciséis a veinte kilómetros que dista Gerasa de Galilea. Tal vez no habían ido ellos solos en una lancha; sino que aquellas naves que, según dice San Marcos estaban en la ribera de Galilea llenas de gente que había escuchado la palabra del Maestro, de seosas de acompañarle por el mar y seguirle adonde fuese, debieron ir escoltándole por el lago atraídas también por la tranquilidad que al principio en él reinaba. Después cuando se levantó la tempestad zozobraban como la de los discípulos, y trabajaban por salvarse de la inminente ruina.

Grande fué su espanto cuando en medio de sus manobras oyeron la voz omnipotente del Maestro de las parábolas, no ya explicando con suavidad doctrinas celestiales, sino mandando con fuerte clamor al viento, y sujetando con firme voz al mar... ¿Cuándo ni a quién jamás si no estaba loco se le ocurrió decir a los vientos: ¡callad! y a las tempestades: ¡refrenaos! Por primera vez resonaba una voz semejante entre las rachas del viento, y el espumajeo de

las olas, y el chapuzar de las aguas encrespadas. Esa voz por fuerza o es voz de Dios o es voz de un loco.

Pero cuando entre el bramido del trueno y el estallido del rayo se vió que penetraba aquel clamor de imperio por todo el mar, y que el trueno callaba, y el rayo cesaba, y el viento se retiraba, y las olas se aplacaban, y el aire se serenaba, y volvía aquella misma tranquilidad con que se habían lanzado al mar pocas horas antes, entonces no solo los discípulos, sino como indica San Marcos, *los hombres*, es decir, los que venían en las otras naves quedaron aterrados y estupefactos diciendo al verse libres del abismo en que casi se miraban:

—¿Quién es éste? Manda a los huracanes! manda a las tempestades y le obedecen!...

### 103. LOS ENDEMONIADOS DE GERASA

(L. 8, 26-39; Mc. 5, 1-20; Mt. 8, 28-34)

Llegados a la ribera opuesta desembarcaron y emprendieron el camino en dirección de una ciudad que unos dicen Gadara, otros Gerasa, otros Gergesa, pues los manuscritos antiguos tienen este nombre escrito de muchas maneras. Y aunque en el Evangelio y en la historia de Jesús todo es de mucha importancia, es de poca relativamente esta cuestión y la dejaremos para los sabios y para los turistas que tengan la dicha y gusto de buscar todas las huellas del Salvador.

Lo cierto es que el Señor se dirigió a una ciudad no pequeña y desembarcó en un sitio ordinario. Cuando desembarcó tomó un camino verdaderamente solitario por donde no se veía ni un alma. Mas pronto de unos sepulcros, que allí había muchos, le salieron al paso dos endemoniados, muy furiosos, que eran ya conocidos en toda la comarca, como que por eso nadie transitaba por aquel camino.

El uno de ellos sobre todo «estaba dominado por el espíritu inmundo desde hacía mucho tiempo. No se dejaba vestir, no estaba nunca en casa, sino que tenía su morada en los sepulcros y ni con hierros podía nadie sujetarlo. Muchas veces atado con grillos y cadenas rompió las ca-